María Zambrano y lo poético

I

Los que iniciamos nuestra tarea personal, realizando «crítica literaria» en diarios y revistas, tenemos siempre la preocupación de que la «crítica literaria» es el género más desprestigiado entre todos los que juegan algún papel, en el heterogéneo campo de la literatura. Desde que en los años treinta, ricos solamente en alborotadas lecturas, nos empeñamos más que en mitificar libros determinados, en crecer un poco a su sombra, tarea a la que el «crítico literario» no debe perder nunca de vista, siempre que ante nosotros se presenta un mayor o menor fruto de este género, experimentamos la más viva de las simpatías, pese a que el tiempo de «crítico literario» no pueda estar en nuestro panorama personal más distante. La salida de un libro, y de ahí nuestro antiguo fervor, no tiene en el fondo gloria más justificativa, que la que le proporciona el autor de algunos, vale decir, alguien lector con la autoridad suficiente. Lo que tantos desvelos ha producido en el alma creadora, antes de convertirse en una realidad literaria significativa, irrumpe en el ruedo de una vida intelectual un poco como los toros, cuando signados cual corresponde por la divisa, brindan su furia a la cuadrilla que los espera, para acreditar unos pocos minutos antes de despacharla, su trapío y valor. El problema del libro que aparece en el mercado no puede ser en principio más arduo. Lo que cuaja en última instancia, y no siempre —casi nunca— de manera definitiva, inquietudes de muy diversa índole, queda a disposición de quien, más por profesionalismo que por simpatía, espera la salida de los libros con ese gesto entre reverencial y expectante, con que los «críticos literarios» los suelen recibir. Sabido es que un libro generalmente es más bien un *borrador* de otro posible, prólogo, como alguien dijo, de los que por más cuajados que resulten, siempre tienen algo de prólogos... Y sabido también que esa cosa tan tierna como en definitiva resulta cualquier volumen ve en la posible crítica un enemigo necesario, del que ningún libro del mundo puede, en definitiva, prescindir.

Quizá por lo dicho, en el inicio de cualquier vida intelectual y literaria, se encuentren los jóvenes deseosos de acreditarse con su entonación y empeñados en comprender los valores creativos y no creativos que en los libros se resumen. Sólo pensando que un libro tiene algo de posibilidad no siemre lograda, se justifica para mí el hecho de que la «crítica literaria» en tantísimas ocasiones, la ejerzan plumas aún no muy bien cortadas, que en el arranque de su aventura, se miden y contrastan al estimar con sagacidad suficiente, la aventura de los demás. El joven, por lo pronto, por muy poco disconforme que sea, es enemigo por otra parte de la reverencia. Aunque valorizar muchas veces le resulte imposible, y haga esfuerzos inauditos para

ponerse a la altura de lo que critica, *reverenciar* es algo que el joven no tolera, por razones obvias, en las que no nos parece necesario insistir. El incipiente crítico literario lo que desea cuando se dedica a estimar la obra literaria recién nacida, es algo así como —¡nada menos!— descubrirla. El crítico poco curado, actúa en ocasiones con arrogancia de veterano, pero ello beneficia aunque no lo parezca, al libro aparecido, ya que muchas veces escritores demasiado profesionalizados, suelen recibirle de una manera si no antipática, desdeñosa. El joven, claro está, puede adoptar dos posiciones: la de entenderle lo más profundamente posible, o la de zamarrearle. ¡Cuántas veces, en el terreno de la crítica literaria, los planteos negativos de los jóvenes ante las obras recientemente aparecidas, han servido para que éstos los esgriman como armas arrojadizas, con el fin de perfilar en la medida de lo posible, una personal actitud! Sin embargo, si consultáramos a un centón de escritores, qué crítica literaria estiman sobre todas, es muy posible que respondiesen: «la de quienes comienzan su carrera literaria, contrastándose en definitiva con la adultez o la madurez de sus compañeros». Porque, o a mí al menos me lo parece, el lector-crítico de una obra en el peor de los casos posibles debe de ser —o sería preferible que fuera— ese hombre joven al que toda creación en principio nace dedicada. Ese espíritu sin acuñar todavía, que en la «crítica literaria» como forzosa, no ve un medio de ejercitarse literariamente, faena que puede hacer en muy distintos planos, sino algo así como un *reconocimiento,* sugerido unas veces por el aplauso, y otra por los *distingos* que los jóvenes particularmente ponen en juego, ante la labor de los demás.

Los libros, ante su «vient de paraître», lo primero que agradecen es el reconocimiento de un escritor suficientemente entusiasta. El título de cualquier obra, cuando trata de imponerse desde los escaparates que lo acogen, necesita desde nuestro punto de vista juventud valorizadora y cariño, prendas fundamentales de cualquier «crítica literaria» que se estime. Teniendo en cuenta que el problema de todo escritor es si lo realizado tiene que ver más con la creación que con la impostura, ¡desconfiemos de quienes al recibo de la obra recientemente editada, creen en principio que la misma, tiene más de elaboración que de brote! Porque desde ninguna desconfianza, puede llevarse a cabo una tarea en la que la confianza, en principio, juega enorme papel. El crítico literario, joven o maduro, tiene en sus manos, por el hecho de entregarse a tan delicada faena, algo que necesita sobre todas las cosas una enorme ternura... Dado que, cuando la misma no envuelve la labor del crítico literario, éste corre el peligro de valorizar en frío, o lo que es lo mismo, desde fuera, aquello que constituye antes que nada el exponente de un dentro, o carece antes que nada de literario interés. Dolorosamente, los que al ejercer en nuestro arranque la crítica literaria, tuvimos buen cuidado de cumplir con lo arriba dicho, asistimos muchas veces a valoraciones críticas, todo lo respetables que se quiera, no diremos que superficiales, pero sí consecuentes con un extraño andamiaje. Gracias a que, al encarcelarse la realidad valorable, a base de remilgos y cautelas, se convierte lo criticado en un resultado frente al que juega más el tacto que la obligada penetración intelectual.

El «crítico literario» se equivoca desde nuestro punto de vista de una manera atroz cuando en vez de brindarse a sus lectores, beneficiado por éstos o aquellos valores del libro pertinente, trata de endilgarle una estimación de las que suelen considerarse

objetivas, permaneciendo como al margen de su influjo. Lo que la crítica literaria tiene cuando es joven y confiada de generosidad y de particular experiencia, se reduce en el caso de la pedantona y no siempe valorizadora, a un cerco, que no un acoso, montado si se quiere por todo lo alto, en el que el libro comentado resulta preso de un tinglado pestilente. Podríamos comenzar sospechando, que todo lo que se constituye alrededor, digamos prestigioso, de un libro cualquiera, nos previene respecto a valores hondamente significativos. Y que lo que necesitan los libros son menos tinglados que caricias; menos montajes cautelosos que entrega... Dado que la delicada materia de que los mismos se componen, incluso en el caso de los absolutamente logrados, prefieren el reconocimiento cordial-mental del que antes se ha hablado, a ese alarde con el que la «crítica literaria» pretende muchas veces, convertirse en lo que no debe ser. El crítico ante un libro, y aunque nuestra conclusión parezca superficial, tiene ante todo que vivirlo... La crítica literaria valoriza la realidad sobre la que se proyecta, cuando quien la *agradece* antes que nada y de inmediato, la prestigia, no se dedica a un alarde pedantesco y demasiado construido, sino a *paladear* con entusiasmo beneficioso, lo que al convertirse en su alimento nutricio, cobra importancia entre sus lectores sencillos y complejos. Un crítico literario, por tanto, no debe cultivar cierta impasibilidad informada, esa suficiencia distanciadora de la que muchos presumen, sino algo así como la facultad de nutrirse, cuando el producto merece la pena, como no suelen hacerlo quienes absolviendo de manera un poco triste aquello que enjuician, creen que su tarea debe consistir, según por desgracia y en tantos casos puede verse, en *advertir* a sus lectores de una bondad o de una falacia. La crítica que advierte, que pocas veces apunta, no sé si desorienta a lectores posibles —ya que el buen lector, y que nadie se alarme, no lo crea ni el buen crítico—, aunque sí los convierta en estimadores de algo que no tiene que ver con la raíz de la creación. Conviene señalar que cualquier creación, por muy modesta que sea, y no digamos cuando es algo cumplido, pretende en el campo de lo literario, vincular al lector, deseoso en todo momento de liberarse de lo vulgar, con climas superiores o por lo menos elevados. Y no nos parece inútil añadir, que ante una realidad empeñadada en tan altos propósitos, todo lo que no sea acariciar, vivir, paladear, en definitiva, pretensión tan alta, descalifica a quienes, a la hora de la «crítica literaria», llegan a suponerse como excepcionales avaladores del libro comentado.

Lo que califica, como consecuencia, al crítico literario, no es nunca a nuestro modo de ver la prevención, incluso justificada para quienes creen en ella, sino el paladeo, la forma de nutrirse con aquello que circunstancialmente estudia. Toda crítica literaria que no entiende el material sobre que actúa, como el más rico de los alimentos, por mucho andamiaje de que rodee a la obra elegida, la crea un cerco poco imantador pese a que se crea lo contrario, y de multiplicar lo que de profundo atractivo tiene un libro aparecido, es, en definitiva, de lo que se trata. La generosidad y actitud joven del crítico le pone en contacto con algo casi más importante que el resultado creativo: lo que podríamos considerar su desarrollo o biología. Y bien; los montajes críticos aparatosos, intentan valorizar *lo externo* de ciertas obras, pero no su *entraña*... Al lector de una crítica le interesa la clasificación, el encuadre, el enfoque que el «crítico literario» le proporciona, pero antes y sobre todo, la manera que éste

tiene de rubricar el proceso creador que conduce a los mismos, porque si no, puede llevarle a creer que su análisis es gratuito, superficial, pese a su vitola, a nada que en una obra concreta, busque algo más que los resultados estilísticos, o la manera de cristalizar en esto o aquello, una personalísima problemática. El «crítico literario» que proclama la categoría enriquecedora de aquello sobre lo que trabaja, no tiene nada que ver con ese otro, por desgracia muy abundante, que se contenta con aplaudir o denostar los resultados de un proceso en el que no toma parte. Criticar, cuando el hecho tiene rango creador, que es lo que importa, es poner en evidencia la categoría nutricia del alimento criticado, por lo que, sin paladar, sin reconocimiento generoso, sin algo más que el buen gusto del que no deben nunca olvidarse los críticos, su tarea carece de importancia, y no hay vueltas que darle. El crítico que vive los valores benéficos de una obra literaria concreta, cumple con su deber de dos maneras: anima como nadie a sus imprevisibles lectores, y acredita con *su crecimiento* la categoría de lo criticado. El crítico que en vez de pontificar sobre una obra concreta, hace evidente el beneficio que la misma le produce, al comprenderla desde su raíz a su mayor o menor logro expresivo, es el que cualquier escritor prefiere, siempre que, autor de un nuevo libro, hace gala de su generosidad. Lo que se llama «crítica literaria» carece de sentido, siempre y cuando a lo que no presta atención suficiente es al sentido —a la entraña— de un espíritu, empeñado en dialogar para siempre con los demás...

De acuerdo con que la «crítica literaria» o es algo vivo o se reduce para su desgracia a un bordado, más o menos hábil, sin otros valores que los de su destreza, llega el momento de entender al «crítico literario», no como a un vigilante pedantesco de la obra ajena, sino como a un *escritor* que encuentra en ella su *tema* o *temas* preferidos. Presumir de *sus críticas,* en vez de *sus creaciones,* es lo que suelen hacer siempre los que no pasan de una especie que pudiera recibir el nombre de *marginalistas,* y no creemos que llegados a este punto, tengamos para los mismos otra cosa que una relativa consideración. El creador no necesita márgenes de confianza como gloria de su esfuerzo, sino espíritus que ardan de especialísima manera, ya que lo suyo tiene que ver esencialmente con el fuego. Encontrándose con que los que le perdonan la vida sin arder lo suficiente, sin alimentarse de su llama, pueden confundirse con los burócratas, pero no con los escritores. Al creador le dan luz verde quienes se alimentan como nadie de aquello que crea, pero no esos fabricantes de márgenes críticos, por llamarlos de alguna manera, resultado de aplicar generalmente una burda falsilla, al hecho importantísimo de crear. Llegamos aquí a un tópico, demasiado extendido por desgracia, según el cual, cada tantos años se repite por generaciones sucesivas, lo de que «no hay crítica literaria»... ¡Y no la hay...! No hay espíritus destacados que ante la obra ajena y después de elegirla como motivo creador, sobre todo, den prueba de cómo se nutrieron con la misma, al preocuparse de valorizarla. Hay pocos escritores, con la autoridad derivada de su condición creativa, que a la hora de abrazar como si dijéramos a la recién nacida creación literaria, comprendan que con ella *tienen que hacer* lo que los creadores hacen, valiéndose de un motivo preferencial. Lo que prestigia una función crítica no es un conjunto de palabras destinadas a jalear una creación determinada, sino la totalidad crítico-expresiva que los «críticos literarios» inventan, dando a su tarea un rango creador de alguna importancia. Lo que

valoriza cualquer creación humana no es una crítica marginal, debida a una autoridad que se supone, sino la autoridad que logra el «crítico literario», cuando valiéndose de un tema, desarrollado por un espíritu siempre generoso, se eleva de una consideración entusiasta, a un plano suficientemente creador. Vale, diríamos, lo que hace valer, con su peculiarísimo llameo... Llamamos creación, antes que nada, a aquello que al alimentarnos esencialmente, nos libera como críticos en primera instancia y como simples lectores en última, de todo lo que nos acecha por el simple hecho de existir. Un «crítico literario» no es un puntero, manejado con mayor o menor destreza, desde ese andamio presuntamente dignificador que la falsa «crítica literaria» organiza, sino un espíritu que, convencido de que los temas literarios pueden buscarse en creaciones bien nutridas de tensión inteligente y de espíritu, convierten sus lecturas en el punto de arranque de otra creación, nutrida pero distinta de la valorizada, que únicamente se siente entendida como es debido, cuando quien la recibe, joven, entusiasta y generoso, se vale de ella para demostrar que lo único que *critica* es lo que crea con su respuesta penetrante, una creación sencillamente elevadora.

II

De todos los libros criticables, ningunos tan dignos de compasión como los libros de versos. Aunque entre nosotros, desde hace algún tiempo, la *crítica poética* haya logrado un rango que hasta hace unos años no tenía, no exageramos si decimos que, la *crítica poética* que, sin pasión excesiva, debía de ser delicada y aguda, es probablemente la más cenicientosa y compadrística. Recuerdo perfectamente que Luis Cernuda, comentando con tristeza el destino de los libros de versos, me decía al entregarme un ejemplar de *Donde habite el olvido:* «En realidad, con tres ejemplares, uno para el autor, otro para la persona querida, y otro para un amigo, hay bastante». Desde los años treinta, en que tales palabras se pronunciaron, al momento en que escribo, la aparición de obras poéticas de diferentes voltajes no son recibidas como se merecen —cuando se lo merecen— por quienes, al hacer crítica de algo tan inefable como *lo poético,* no acreditar la suficiente sensibilidad. Por otra parte, y aprovecho la ocasión para oponerme a ello, la utilización de *lo sensible* en vez de *lo lúcido,* supone un error craso. La «crítica poética» que se resigna a no ser más que sensible, no cumple con la condición creadora de toda «crítica literaria». Inmediatamente se adhiere a la poesía de turno, como esas yedras que consiguen su máxima vertebración abrazando columnas. Porque en este abrazo, sin duda alguna recursista, trata de comprender un poco al tacto, lo que tendría que valorar con sensible inteligencia. Utilizando expresiones de María Zambrano, diríase que la crítica de poesía, se hace «al borde de la palabra», «antes de la palabra». Y que todo lo que se realice de una manera tan particular como frecuente desampara a lo poético y no lo entiende en su esencial pretensión.

La poesía está ahí, para que todos sus lectores se planteen como consecuencia de su realidad, algo muy claro: «esfuerzo más o menos logrado, para asumir y comunicar lo poético». La poesía, en contra de lo que suele suponerse, no es una malla sensible

donde palpita como en un pez atrapado lo poético, sino una pretensión difícilmente lograble, en virtud de la cual un acento entrañabilísimo hecho vuelo, pretende algo tan ambicioso como una tangencia, con lo total, según dijimos en otra parte. Dada su naturaleza constitutiva, el asedio crítico no puede llevarse a cabo de manera como desenfadada, sino reverente y profunda. Siempre que frente a un poema, se perfila una actitud paternalista y descifradora, se está colaborando a su no entendimento esencial. Lo poético es una esencia que se hace palabra en definitiva. «El poeta se abre a todas las cosas, se ofrece íntegramente sin ofrecer resistencia a nada, quedándose vacío y quieto para que todas las criaturas aniden en él», escribe María Zambrano en alguna parte de su obra. Como consecuencia, cuando un generoso valorizador se acerca a la expresión de todo lo apuntado, vale decir a un poema, lo primero que tiene que tener en cuenta es la manera de *estar plantado* que alcanza el creador correspondiente y *plantarse* —como me gusta insistir con la escritora española— de manera que de esta forma transmute en cierta medida, la vinculación conseguida por el poeta con lo esencial. Lo que nosotros denominamos «crítica poética» es el resultado sin más y en principio de la compenetración de dos actitudes. Si el escritor dispuesto a realizar la función crítica, se acerca a la obra creada, y en vez de penetrarla hasta su raíz, o lo que es lo mismo, vivirla, cree más en su tacto valorador que en su capacidad de contagio, se convierte en un estudioso de tantos, radicalmente perdido. Porque una cosa es medir el volumen alcanzado por un acento personal a fuerza de elevarse, y otra plantarse en la vida para familiarizarse con ese acento... bien o mal plantado; compartir con el mismo lo que tiene de voluntad superadora; participar en la carga inefable de la poesía, como María Zambrano, a nuestro modo de ver como pocos escritores modernos, propone en su teoría de lo poético.

El «crítico poético», y por ello el que María Zambrano nos parezca excepcional en tal sentido, no es el que se familiariza con una determinada manera de ser, sino el que disfruta ante su voltaje de la temperatura misteriosa que convierte manera de ser en acentuación estremecida. «Para la poesía —según María Zambrano— nada es problemático, sino misterioso. La poesía no se pregunta, ni toma determinaciones, sino que abraza al fracaso —adivinación por parte de la escritora sorprendente—, se hunde en él y hasta se identifica con él. No pretende resolverlo —sigue—, porque no le interesa actuar; su único actuar es decir y su decir es una momentánea liberación en que el grado de libertad es el mínimo, pues vuelve a caer en aquello que se ha liberado.» Ante tales palabras, desmereciendo su inefable valor, podríamos llegar a su modesta conclusión, reduciéndola a cuatro: «estamos ante una *Poética*». Pero ante lo que estamos, y de ahí que no nos contente despachar el problema de manera tan simple, es ante una singular disposición para entender la poesía, no al borde de la palabra, sino antes de ella; no antes de la palabra en definitiva, sino en ese momento que podría considerarse protopoético, cuya voluntad misteriosa de vuelo tienen que poner de manifiesto los que se dediquen al ejercicio de una crítica enormemente delicada. Precisamente, sólo los críticos como la filosofía de nuestro cuento, tienen conciencia que donde hay que navegar, unas veces para llegar a conclusiones creadoras plausibles, y otras para descubrir la falsedad de una creación mal encarnada, no es en la superficie del mar poético sino en la subterránea profundidad que lo determina.

Porque es allí, en lo protopoético, insistimos, puesto que el asunto requiere más insistencia de la que parece, donde un escritor bien plantado, como ocurre en el caso de María Zambrano, y no convertido en ponderador de resultados expresivos, donde descubre *un poso,* lo que luego por el acento suele hacerse tono expresivo, por el que se prueba la verdad o la mentira de una creación.

Están logrados, deducimos con la autora de tantos textos dedicados al tema, los poetas que pueden considerar su manera de ser, como una manera de estar plantados en la existencia, empresa enormemente arriesgada y discutible. «Si el poeta tiene de común con Don Juan y el pícaro —adivinación agudísima, el aferrarse al instante huidizo— con el místico tiene el afán de integridad, el amor.» Sutil adivinación zambranesca por otra parte, a la que no hay en nuestro criterio nada que objetar. Ahora bien; para llegar a conclusiones desde nuestro punto de vista fundamentales, lo que el «crítico poético» necesita, no es sólo *medir* los resultados poéticos, sino *sumirse* en la misteriosidad que los determina, quehacer que sólo pueden llevar a cabo los bien plantados existenciales. Con el fin antes que nada, de cumplir como señalamos en la primera parte de este ensayo, como creador derivado del motivo elegido para su empresa, en vez de como marginalista de un hecho creativo, con el que cuando no pasa de apreciaciones formales, tiene poco que ver. Un soneto no está bien logrado por cumplir con las exigencias de un ritmo formal preconcebido, sino cuando su estructura se convierte en piel de una entrañabilidad rica en tensiones. Un poema libre, reclama el profundo respeto que debemos a los hallazgos plenos, cuando su planteo formal, en el que tantas veces se quedan los estudiosos de la poesía, «se convierte en simple lugar vacío donde lo que necesita asentarse y vaga sin lugar, encuentre el suyo y se posa.» El «crítico de poesía» en fin, no sólo tiene que poner en evidencia los valores formales, en virtud de los cuales, el acento se convierte en voz trascendente, sino *legitimar* a quienes aceptemos su riesgo como un empeño creativo, la libertad entrevista por el poeta frente a la eternidad con su canto, viéndola de la manera más obligada. María Zambrano, ante Antonio Machado, Emilio Prados, etc., no se ha convertido nunca en madre de sus resultados, sino en compañera de sus encarnaduras. María Zambrano, ante lo personal poético, lo que deduce, y por tanto recrea, sino sus *vocaciones* de eternidad. Ella sabe, y nos lo ha dicho espléndidamente, que «la poesía tiene por vocación acudir a cantar lo que nace». Pero ella sabe también, desde su naturaleza filosófica, que no ha enfriado su manera de ser, sino que la ha convertido en autoridad crítica, que lo naciente, riqueza con la que se alimenta el poeta antes de que su canto constituya un exponente de la misma, rejuvenece en el ser algo tan determinante en lo poético, como lo que podríamos llamar su *encarnadura,* cuando ésta responde de ese conjunto de palabras nacientes, idealmente orquestadas que constituyen en definitiva el poema.

Cuando María Zambrano, en la teoría o en la práctica se enfrenta con lo poético, no lo acosa en los resultados expresivos, como suelen hacer los críticos literarios superficiales, sino utilizándolo como *desde,* más que como conclusión, de una experiencia lírica de categoría suficiente. Cuando una mujer de la formación filosófica de esta escritora, alcanza un evidente rango creador en sus consideraciones sobre lo poético, es porque para ella la poesía no es algo que los poetas *hacen,* sino un misterio

entrañable que cuando llega a encarnarse en plenitud, *hace* a los llamados poetas, de forma dijérase irremediable. Hay una busca de *amparo* —y la palabra se encuentra también en algún texto de María Zambrano—, que únicamente cuando se entiende la pasión desgarradora de la poesía, tan desde dentro como la escritura andaluza la entiende, tiene en la posible creación poética, el más impresionante de los sentidos. Y es ese amparo, ese cobijo, ese espacio que el vuelo persigue deseoso aunque parezca contradictorio en la siempre inalcanzable latitud de lo poético, lo que María Zambrano enseña a buscar en el caso de los «críticos de poesía», cuando pretenden otra cosa que márgenes literarios. Lo que tiene que acosarse de lo poético, no es su resultado, en cierta manera discutible, sino la naturalidad o falsía de su desarrollo expresivo. La poesía, que en muchos casos busca su justificación en resultados demasiado sorprendentes, sólo cuenta con vigilantes de la agudeza probada de María Zambrano, cuando en vez de una poética, que en todos los casos siempre es un margen, cierto resultado externo, se consigue lo que bien podría llamarse un afecto valorizador y entrañable, en el que no han sabido distinguirse por desgracia, demasiados autores. En nombre del rigor, el campo de la literatura está lleno de supuestas *investigaciones* de lo poético, que no nos cuentan ni poco ni mucho, respecto a un milagro, más que importante. A tal punto que «la investigación literaria», cuando su tema es el de la poesía, se convierte como consecuencia de su externidad y falta de lucidez, en una monserguería tan rigurosa como anodina. Desde el momento en que lo que debería tratarse con miramiento y agudeza, con anhelo de ver claro e iluminar protoplasmas de mayor o menor categoría, se reduce por desgracia a un alrededor todo lo pretencioso que se quiera, pero carente de aquello que, en cualquier terreno crítico, exige la investigación.

Desde que Juan Ramón Jiménez dijo entre nosotros, palabras tan considerables como las de que «mi mejor obra, es mi constante arrepentimiento de mi obra», el «crítico poético», si tiene en cuenta lo adivinado por María Zambrano, no puede consistir en un simple o afortunado exégeta de determinados resultados, sino en un *vislumbrador* de lo esencial que la poesía pone en juego siempre. Si la poesía es un vislumbre esencial de lo poético, cuando su resultado sobrepasa lo simple retórico, académico o moderno, habrá que reconocer que toda investigación o estudio de la misma, más o menos riguroso, importará siempre menos que esas adivinaciones fulgurantes que los buenos «críticos poéticos» proporcionan, como consecuencia de su compenetración con aquello que en última instancia valorizan. Del poeta Velázquez se han escrito páginas y páginas —porque la crítica artística es fundamentalmente crítica poética, o no es nada—, sin que las mismas nos familiaricen fundamentalmente con esa constante que en el centro de todos los confusionismos, se denomina *lo velazqueño*. Pues bien; cuando Eugenio d'Ors, sin más aparato que el de una palabra, consideró que Velázquez fue el *mediodía* de la pintura, dijo el sevillano lo que tratadistas y estudiosos nunca dijeron. El problema del «crítico poético», por lo que se deduce de los textos de María Zambrano sobre tema tan considerable, está en familiarizarnos primero, con la encarnadura lúcida de un espíritu, que es algo así como centrarlo, e inmediatamente, con la profunda manera con que el mismo conquista su residencia en el plano de lo inefable. Resulta obvio decir que no hay teoría poética negativa, si lo que pretende es aprehender el *acento* culpable de la voz expresada en un

determinado poema. Pero cuando nos compenetramos con la idea que sobre el tema ha puesto de manifiesto la responsable escritora, nos damos cuenta que la mejor entre las que puedan señalarse, será aquella que por su naturaleza, calidad y temperatura, resulte fraterna, a fuerza de juventud intelectual y cariño, según señalamos de esa extraña milagrosidad en que lo naciente de la poesía consiste, al erigirse en fundamento de la ulterior celebración. ¿Qué sabemos, generalmente, de la esencialidad de la poesía, cuando nos valemos de textos exegéticos, ricos en andamiaje, pero no en riqueza vislumbradora...? Nada. ¿Por qué en todos los planteamientos teóricos sobre la poesía de María Zambrano, se tiene la sensación de estar *muy cerca* de la misma, en el mismo centro de su acaecer fascinante? Porque la filosofía en éste, como en otros planteos de su rica labor literaria, vive lo que trata de manera tan intensa, que su labor crítica constituye algo así como un *vocero* de lo que trata de elucidar. En estos tiempos que tanto se habla de compromiso, convendría señalar que, toda crítica literaria, y fundamentalmente, toda «crítica poética» que no funcione de comprometida manera con aquello que desvela, constituye un esfuerzo desdichado. Dado que, únicamente estimaremos válida, la «crítica poética» que a la hora de esa gran ternura que supone la valorización de lo lírico en su más alto sentido, deja en nuestra estimación de lo poético, no lo que los investigadores suelen llamar «instrumentos precisos» para el entendimiento de la materia, sino esa *luz* que las adivinaciones de María Zambrano proporcionan a los amantes de la poesía, cuando en vez de medir sus resultados de forma irremediablemente externa, calibra sus propósitos, su desarrollo, la verosimilitud de sus ambiciones, con estremecimientos adivinatorios desde los que algo tan misterioso e inefable, se torna como dignificado por su entrevista calidad. Definir lo misterioso tiene algo de pretensión quimérica, y en ello se empeñan, quienes no tienen para el misterio el respeto extraordinario que trasuntan las teorías sobre lo poético de María Zambrano. *Entrever* la calidad de lo poético, es la más profunda manera de valorizarlo, y de proponerlo a quienes por los caminos de la legítima vía de la «crítica poética», accedemos al vuelo creativo de un espíritu rico en tensiones. La obra lírica, se deduce de los hallazgos conseguidos en este terreno por María Zambrano, no puede nunca medirse desde los tinglados valorativos que la cercan... para no comprenderla. Sino desde la comprensión, desde el vislumbre a que nuestra escritora se entrega, cuando de manera portentosa nos confiesa que «la palabra es la luz de la sangre».

III

«A la poesía —ha escrito María Zambrano—, no le interesa actuar, puesto que su único actuar es su decir, y su decir es una momentánea liberación en que el grado de libertad es el mínimo, puesto que vuelve a caer en aquello que se ha liberado.» La poesía, el lenguaje más inefable de cuantos se han descubierto en el plano de la literatura, es un decir, por consiguiente, liberador como pocos, y como pocos encadenado a la granazón de una determinada expresividad. Lo que de manera un tanto superficial llamamos *mundo poético,* supone por tanto un espacio creador donde el poeta se siente tan libre como encadenado. En ese mundo determinante del poema,

la posibilidad de entendimiento, no puede lograrse de otra manera que encadenándose a lo poético y liberándose por su influjo, aunque no quede otro remedio siempre que volver a seguir. Para vislumbr,ar por consiguiente, los valores superiores de un poema, no nos es posible nunca incurrir en la pretensión de *medirlo,* dado que lo que importa como ya se dijo es *disfrutarlo.* Y sólo disfrutan de lo poético, según deducimos de los planteamientos teóricos de María Zambrano, quienes acercándose sigilosa y lúcidamente a la poesía advierten, que la misma se escapa como el agua por los dedos, cuando lo que se intenta con ella es una pedantesca clasificación. Se encadenan a lo poético quienes demuestran con su conducta que lo *rezan;* actitud imprescindible para su comprensión honesta. Vislumbran lo inefable, quienes al hacer «crítica de poesía» tienen cuidado, mucho cuidado, de que con el rezo beneficioso, una mejoría —que es siempre algo creador— se derive, del acoso intelectual. Está claro a esta altura de nuestra divagación, que no es lo mismo rezar una poesía que no mejora, que entregarse a aquella capaz de brindarnos lo que la misma tiene de esencial beneficio. Siguiendo las pautas establecidas por María Zambrano, entenderemos la virtud trascendente de los poetas, cuando de nuestro acoso de deduzca, ese enriquecimiento que la poesía comunica, si se la entiende de una manera esencial. Podría parecer un tanto extraño, sobre todo a los «investigadores literarios», que para disfrutar y comprender la poesía, resulte imprescindible ese encadenamiento a su naturaleza, sin el que cierto afán de libertad difícilmente se comprende. Pero de los encadenados, de los poetas legítimos y fatales, es el reino de los cielos más libres... Cielos a los que el poema fatal y legítimo permanentemente alude, cuando los enfrentados con su mayor o menor plenitud expresiva, han vivido las misteriosas causas que entrañablemente los determinan.

Hace falta haber vivido la poesía como recomiendan las adivinaciones de María Zambrano, para que la «crítica poética» resulte fructífera y decorosa. Hace falta una fraternidad profunda con lo poético, para que después de gozar la libertad extraordinaria a que tiende el poema, la caída en aquello de lo que el poeta en principio pretende liberarse, no se desestime de una manera banal. Después del vuelo creador, el poeta no tiene más remedio en tanto su vida creadora continua, que caer en aquello de lo que en principio se ha liberado. Porque, y esto resulta fácilmente deducible, ese terreno al que se restituye despues de su vuelo y de cumplir con lo poético, no tiene nada que ver si su poema fue algo más que un hacer aparente, en el terreno de la vulgaridad. El afán de libertad que supone lo poético, reinstala de vuelta de la creación a quien lo ha asumido, en un terreno propicio a la creación de nuevos poemas. Cuando un espíritu alcanza cotas inefables, y de vuelta de su creación elevadísima, se encuentra encadenado a un mundo poético que le exige nuevas liberaciones, puede considerarse con toda clase de reservas, lo que normalmente llamamos «poeta». Por ello, cuando el «crítico poético», vuelve de gozar la poesía al mundo misterioso que de una manera o de otra la ha determinado, no puede considerarse *descubridor* de valores tan encadenantes como liberadores, sino *partícipe* de un vuelo que, entendido de la manera más profunda, justifica en cierta manera su quehacer.

Cuando se llega a la consecuencia de que «la palabra es la luz de la sangre», se ve bien claro que toda palabra que *enmascara,* nada tiene que ver con aquella otra que

entreabre. En el momento que la expresión, con lo que tiene que ver es con la palabra luminosa y no con la presuntamente lírica, lirismo no es en tal caso algo parecido a una musicalidad engañosa, sino la prueba comunicativa de lo bien nacido a la infinitud de lo poético. El falso investigador de un poema concreto, ignorante en definitiva de todo lo que le produjo, cree valorizar lo que tiene entre manos, por su piel, por su apariencia, por todo lo que fatalmente le descarría. El crítico creador, en el momento de valerse de un poema como motivo creacional de su empresa, es aquel que fraterno con María Zambrano, entiende la poesía como un hallazgo lúcido y no como una estructura más o menos conseguida. Un poema para todo el que tenga presente el pensamiento de esta escritora, merecerá tan alto nombre si lo que gracias a él se crea, es una iluminación, un anticipo, una introducción valorizadora del misterio y sus lugares. Mientras que ese otro, clasificado con precisión por los estudiosos desde un punto de vista simplemente estilístico, no será disfrutado y comprendido por quienes se acerquen a su naturaleza, más que cuando los que lleven a cabo cierta inexcusable tarea creadora, mejoren y se engrandezcan con la riqueza que refleja en su noble trama expresiva. El lirismo mide la luz de esa sangre que el poema más o menos logrado perpetúa. Este valor resumidor de cualquier creación poética, trata de multiplicar algo tan importante como la esencia poética, cuando quien se dispone a celebrarlo —de la misma manera que otra criatura celebró valores inefables—, descubre lo que el mismo tiene de falsía, de simulación de canto poco acendrado. La celebración poética no necesita de otra multiplicación que la que efunde de su legitimidad apasionada... Porque lo que normalmente llamamos *acento* en la creación literaria más arriesgada de cuantas se conocen, como se deduce con facilidad de los enfoques zambranescos, no tiene nada que ver con el hallazgo literiario, comunicativo o hermético, sino con el acendramiento —hijo de la superior encarnadura—, conseguido por un espíritu encaminado con absoluto derecho a lo inefable... Con la luz de una sangre que en virtud del canto, proclama la categoría difícilmente mensurable, de la voz a que se debe.

En la intención de María Zambrano, el canto precisa ser lo suficientemente *encarnado,* para que el poema elegido por el valorizador, acredite voz y acento incuestionables... Si de alguna manera hubiera que definir a esta escritora, a la hora de entendérselas con la poesía, sería llamándola perita en encarnaduras, espíritu gozoso de la luz que determina la aproximación a lo poético, compañera de aquello que en la poesía supone encaminamiento esencial a todo lo que la sangre anticipa con su fervoroso discurrir. Su teoría de la poesía nos da derecho a valernos de ella, para algo más que para clasificarla como un concreto resultado. El poema, vista la manera de recrearlo que María Zambrano tiene, es una ambición superior a un paso, a una aproximación o a un acierto, dado que sus valores esenciales, muy anteriores a su intención de logro, se acarician por adelantado bastante antes de cuajar. Queda bien claro, para tristeza de investigadores poco sensibles, que lo que permite llevar a cabo una crítica literaria a la altura de la poesía, no es algo así como una capacidad de medirla en su floración trunca o plena. Sino esa *familiaridad* con lo poético que María Zambrano tiene, al sospechar que, únicamente cuando en el acento, la voz sirve de puente válido entre la raíz viva y las alas, aquello que nos vale para la creación crítica es simple y absoluta poesía. ¿Qué critican los valorizadores poco escrupulosos, cuando

cometen la osadía de descifrar resultados que en tantas ocasiones no son sino una aproximación lúcida...? Concreciones más o menos legítimas, convertidas en ejemplo de sus teorías demasiado parecidas a cuadrículas un tanto estrechas. ¿Qué sensación produce María Zambrano, cuando pendiente de las naturalezas poéticas, encarna el misterio que a las mismas justifica...? La de un ser creativo, seriamente creativo, que al acercarse al resultado poético, está pendiente de su entrañable *legitimidad.* El investigador literario habitual quiere que gocemos con esos charcos en los que los poemas consisten, sin tener conciencia del derecho a reflejar lo absoluto que los mismos tienen. María Zambrano, proporcionándonos una teoría nacida de la comprensión entrañable de éstas o aquéllas encarnaduras líricas, se convierte en el verdadero escritor capaz de disfrutar con todo derecho lo poético, dado que su empeño no consiste en rodear a lo creado de un corolario explicativo, sino elegirlo como tema de una construcción en vuelo, impregnada de los valores que le acreditan. Hay un abstraccionismo crítico, consecuencia de un planteo intelectual desde nuestro punto de vista inválido, por el que no se llega a saber del poema otra cosa que su exterior naturaleza. Estamos, ante el asedio zambranesco, en presencia de una manera de entender la poesía, gracias a la cual la consideración de lo poético, la recreación de lo poético, resulta imposible si no nos *impregnamos,* mucho antes de maravillarnos, de la misteriosa maravilla que lleva a convertir lo poético entrevisto en canto primordial.

«La palabra es la luz de la sangre», cuando una verdad entrañable, suficientemente encarnada, se le convierte a la criatura humana en *canto.* «La palabra es la luz de la sangre», cuando a la vista de la aproximación poética —y todo poema es una aproximación a la poesía, si tenemos en cuenta las adivinaciones que sobre el tema nos ha proporcionado María Zambrano—, lo que nos acendra como antes dijimos, y por consiguiente, hondamente nos beneficia, no es sólo la tensión viva que la voz acredita, sino la credibilidad de un acento, base sin la cual el poema es algo así como un barquillo retórico. Nos encontramos por consiguiente, cuando la crítica literaria es un resultado creador sobre todo, con que su encendimiento, aparece determinado por una lucidez, que no solamente por un pálpito vivo. Y está muy claro también, siempre y cuando quien lleve a cabo la crítica sea algo más que un estudioso recursista, que únicamente cuando la poesía (el encaminamiento a lo poético) está suficientemente encarnada por un espíritu, y legitimada por tanto el que la acosa con validez suficientemente creadora, acredita indirectamente su profunda significación. Si ante el poema, quien se convierte en su alrededor, no quiere saber nada de lo que esencialmente le determina, lo que a nosotros llega después de su inútil trabajo, no es un descubrimiento encarnado y entrañable, sino la fascinación de un determinado lenguaje. Cuando María Zambrano llega a la conclusión de que «la palabra es la luz de la sangre», toda palabra o palabras que no se deben a un laboreo entrañable, por encima —e insistimos en algo que no siempre se dice—, de la dignidad humana a que se debe, nos encontramos con esa otra dignidad llamada acento, en la que se *potencia* —función imprescindible—, algo más inclusive que la voz empeñada en la expresión. Es muy lamentable que los estudiosos de la poesía normalmente, no se refieran ni al acento, ni a la liberación humana que debe producirlo, ni a todo lo que, en definitiva, mueve a María Zambrano, para que su crítica sea una creación sobre todas las cosas.

Y que lo que normalmente se llama crítica poética, concluya en algo así como un aplauso medianamente valorizado, en función del cual, nunca sabemos lo suficiente de la historia secreta de la palabra.

El problema del crítico creador ante el hecho fascinante de la poesía, está en recrear —y de ahí su condición eminentemente creadora, cuando su esfuerzo merece la pena—, *la historia secreta* de lo bien o mal encaminado a lo poético. A lo que María Zambrano nos lleva con sus adivinaciones creadoras, no es a gozar con resultados, llamemos líricos, sino a penetrarnos de esa historia secreta, con la que se denuncia la industria de la creación. Nuestra bien plantada escritora descubrió como pocas que no hay poema legal, sino hay una historia secreta, identidad residente sobre lo vivo, plantamiento también en suma. Puesto que, aproximarse a la poesía, vivir encaminado a la poesía, obliga antes que nada a sentirse centro de un mundo, iluminado esencialmente por lo poético, cuando nuestra actitud merece ser considerada como algo respetable. A ese misterio determinante de la creación, que es con lo que hay que familiarizarse entrañablemente si queremos entender los valores poéticos, George Steiner los ha llamado *relámpagos de la gracia,* recordándonos un poco los «embriones» rimbaudianos. Convencido desde sus enfoques como María Zambrano desde los suyos, que son tales relampagueos, cuando se acepta que el problema de la gracia no debe echarse en saco roto, los fundamentos palpitantes de los que los estudiosos hacen tabla rasa, incapaces probablemente de percibirlos. Al exégeta poético, le es muy fácil mediante los trajines de un método piropeante, exaltar ese resultado dificilísimo de sentir a lo que se llama poema. Pero enormemente difícil, en presencia de un resultado enigmáticamente granado, celebrar la proximidad —o alejamiento— de lo poético, alcanzado por el canto. El canto, y quizá a estas alturas puede verse un poco más claro, tiene que ser la granazón legítima de esa gracia misteriosa, enigmática, en que la verdadera poesía consiste. El canto, sin lo que insistimos, ningún poema es válido, supone la potenciación de esa serie de relampagueos (de embriones), que nada en definitiva tienen que ver con las normales palpitaciones vivas. ¿Quién es el atrevido, decidimos preguntar, que sin someterse a la familiarización con la gracia resultante de lo poético —llevada a cabo por quien ha dicho que «las palabras es la luz de la sangre»—, se considera capaz de medir los valores de tal o cual poema? Nos atreveríamos a decir que cualquier escritor *desgraciado.* ¿Cómo, por consiguiente, entender la poesía cara a cara, enigma contra enigma, si no se acosa lo relativamente definitivo en el poema florecido, perdiéndonos en el bosque de los relámpagos determinantes, en la infinita y completa gracia que hemos llamado historia secreta, dispuestos a procurar en ese entendimiento complejísimo, la importante o relativa voz que alcanza el verso desde la sangre? Está bien claro que cuando un crítico-poeta como María Zambrano se siente capaz de penetrar o impregnarse con lo protopoético, de acuerdo a una teoría que llamaríamos esencialmente vivencial.

Comentar un fruto lírico, con mayor o menor autoridad bibliográfica, está al alcance de cualquiera. Compenetrarse de la esencialidad de un destino creador, hasta el punto de valerse de él como motivo, como tema según apuntamos, para que nuestro comentario adquiera rango de aporte creativo, sólo saben hacerlo seres como María Zambrano, cuando después de descubrir —y no nos cansaremos de repetirlo—, que

«la palabra es la luz de la sangre», saben que la sangre humana es el planteo crítico que tiene que beneficiarse con lo poético, de la misma manera que el canto de un ser ansioso de libertad e infinito, si quiere merecer la atención ajena. Encarnándole para anunciarlo... Entrañándolo, para ser vena exaltadora de valores misteriosos que el poema, primero conduce y posteriormente totaliza. Ya que el crítico poético, merece ser considerado como algo más que un especialista, cuando a la hora de impregnarse de todos los relampagueos de la gracia, es capaz de jurar que el poema o la poesía considerados desde una adhesión entregada, existen para celebrar mediante su luz, mediante su poesía, ese norte del prodigio al que los poetas tienden con su vuelo, con su canto, sin llegar al mismo nunca...

ENRIQUE AZCOAGA
Conde de Peñalver, 62.
MADRID-9